



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE TEOLOGÍA, nº 32 (2011)

ISSN: 1699-2849

IGNACIO FALGUERAS SALINAS

LA TERCERA CREACIÓN:

La santísima humanidad de Cristo

El tema del que me voy a ocupar en este trabajo se enmarca dentro del misterio de la encarnación, misterio que nos es especialmente oculto, ya que conociendo uno de los extremos (la humanidad) y teniendo una noción del otro suficientemente distinta (la divinidad), no podemos comprender¹ cómo la divinidad, abismalmente trascendente sobre toda criatura, puede haber unido consigo a una naturaleza creada, la más baja de todas las naturalezas espirituales. Vamos a considerar, pues, un misterio. Naturalmente, lo normal ante un misterio sería más bien callarse, como, por ejemplo, sugiere Wittgenstein, cuando al final del *Tractatus logico-philosophicus* nos dice “de aquello de lo que no se puede hablar, uno ha de callarse”². Sin embargo, de lo que voy a hablarles no es de un mero misterio para la mente humana, sino de un misterio *que se nos ha revelado* por parte de Dios y respecto del cual se nos ha encomendado que lo prediquemos a toda criatura en el cielo y en la tierra. De manera que es posible hablar de él, siempre que nos dejemos enseñar por la Palabra de Dios. En consecuencia, la exposición que sigue no va a basarse primeramente en datos suministrados por la razón, pues ante el misterio ésta enmudece, sino en los datos revelados; pero como la revelación está dirigida a nuestra inteligencia para que la entendamos, vivamos de ella, y la proclamemos, desde ella y confiando en su guía voy a intentar desgranar con mi razón algunas de las grandes verdades acerca de Aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

I. INTRODUCCIÓN

¹ Ruego al lector que distinga entre comprender y entender. Comprender es conocer acabadamente, entender es penetrar inacabablemente en el ámbito de la verdad.

² § 7. La traducción es mía; el texto alemán puede consultarse en Alianza Editorial, Madrid, 1973, 203.

Empezaré desbrozando un poco el camino a recorrer, concretamente explicando las palabras del título, pues antes de empezar a hablar de la tercera *creación*, parece conveniente aclarar que la palabra «creación» tiene, a la vez, dos significados inseparables, pero distintos. Al igual que acontece con todos los sustantivos verbales –por ejemplo, la palabra «acción» significa tanto el acto de hacer como el resultado de dicho acto–, la voz «creación» tiene dos facetas inseparables, pero diferentes: la creación como acto del creador y la creación como resultado del acto creador, o sea, la criatura. Aclaro de entrada que en este escrito me voy a centrar sobre todo en la creación como resultado del acto creador, o sea, en las criaturas.

Pero en el título de este escrito aparece un adjetivo que acompaña a la voz creación. Cuando titulo el escrito como «la *tercera* creación», no estoy pretendiendo decir que Dios creara en tres actos distintos, ya que Dios, por su simplicidad, lo creó todo en un solo acto creador, sino que estoy señalando que entre los resultados del acto creador hay, al menos, tres creaciones o tipos de criaturas distintas. «Tercero» es un numeral de orden, no un número cardinal o como conjunto, de manera que cuando digo «tercero», es porque debe haber un primero y un segundo. La tercera creación es, por tanto, una criatura, o resultado del acto creador, que supone otras dos creaciones, la primera y la segunda. También aquí ha de precaverse un malentendido, pues los hombres solemos numerar ordinalmente las cosas según el tiempo, de manera que lo tercero lo consideramos como temporalmente posterior a lo segundo y a lo primero. Sin embargo, en el uso que yo quisiera sugerirles del término «tercero» lo más importante y significativo es que lo tercero, aunque supone a lo primero y a lo segundo, es mucho más alto y digno que ellos, o sea, expresa una ordenación *jerárquica*, además de temporal. Quizás hubiera podido decir, en vez de «tercera creación», la «creación cúbica», es decir, elevada al cubo, pero aunque como metáfora podría haber sido pasable, también habría sido demasiado matemática y poco sencilla, mientras que en las consideraciones que quiero hacerles lo matemático no tiene cabida alguna, y la sencillez es lo más deseable, dado lo misterioso del contenido.

Según lo que les vengo exponiendo, por «tercera creación» entiendo la creación más alta y que sobre-eleva en sí misma a la primera y a la segunda creaciones. Pero, seguramente alguien podría objetarme con toda la razón: ¿cómo se puede hablar de la tercera creación sin aclarar antes cuáles son la primera y la segunda? Precisamente por eso, antes de empezar la exposición de la tercera creación se requiere señalar cuáles son las dos anteriores.

Llamo «primera creación» a la que en el Génesis se alude con las palabras “Al principio hizo Dios el cielo y la tierra” (1,1). Ellas se refieren, propiamente hablando, a la creación del mundo universo. En realidad, sólo esas palabras recogen propiamente la primera creación, porque lo que se describe a continuación es, más bien, la obra de la ornamentación (2,1) de esa primera creación. La obra de los cinco primeros días describe, como digo, más que lo creado directamente por Dios y que es hecho a partir de la nada, a saber: el modo en que lo primeramente creado va desplegando, según el plan del creador y bajo su mano rectora, la esencia o manifestación del mundo. En

resumen, la creación primera es la creación del ser del mundo, que va acompañada de la formación de su esencia.

La creación segunda, en mi denominación, son los espíritus creados, entre los que se cuenta el hombre. Que el hombre, aunque aparezca en el sexto día del c.1 del Génesis, no forme parte de la primera creación, es algo que se deduce del tenor de las palabras con las que se nos revela. Dios dice: “hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza” (1,26). En vez del «hágase» de los días anteriores, que tiene un claro carácter impersonal, dice «hagamos», es decir, en este caso su palabra creadora es *personal*. Y precisamente porque Dios habla en plural, pero personalizadamente, cuando lo crea, el hombre resulta ser *a imagen y semejanza suya*. Nada de lo que se ha descrito en los días anteriores del c. 1 del Génesis es «a imagen y semejanza» de Dios, sino mera criatura distinta de la divinidad. Estamos, por tanto, ante una obra creada diversa de la creación del mundo. Sabemos que toda la creación es obra conjunta de la Trinidad entera, o sea, de las tres personas divinas, de manera que, si somos a imagen de Dios, lo somos en cuanto que el hombre es persona (o espíritu), y una pluralidad de personas, representada en la distinción entre varón y mujer, pues aunque esta última distinción sea menos alta que la personal es una expresión corporal de las distinciones personales. Por el relato más pormenorizado que se hace en el c. 2 del Génesis, podemos saber que la creación del hombre sólo es «a partir de la nada» en su espíritu, no en su cuerpo, ya que Dios toma (metafóricamente) barro para la formación del cuerpo humano. Y, si no queremos desperdiciar ninguna sugerencia de la Palabra de Dios, podemos decir que, además de *a imagen* de Dios por su espíritu, el hombre es *a semejanza* de Dios por su cuerpo, puesto que la unión de varón y mujer ha sido hecha fecunda por el creador, y de ese modo es *a semejanza* del creador, o sea, fecundo dador de vida³: imagen de Dios por ser persona, semejanza de Dios por ser cooperador del creador en la transmisión de la vida humana⁴.

Es de notar que el hombre es creado en el sexto día, el inmediatamente anterior al descanso divino. ¿Por qué se incluye la creación del hombre, siendo una criatura distinta del mundo, entre los días de la creación de éste? Es importante notar que el hombre es incluido no en la creación (v.1), sino en la obra de ornamentación (2,1) del cielo y la tierra, y además recibe de Dios el dominio sobre la vida vegetal y animal, lo cual quiere decir que el hombre tiene una tarea también en la ornamentación o perfeccionamiento del mundo, no es en modo alguno una mera parte del universo, sino colaborador con Dios en la obra de perfeccionamiento de la esencia del mundo. De manera que, si Dios descansa el séptimo día, habiéndolo hecho todo bien, es porque ha dejado en la mano y bajo la responsabilidad del hombre el llevar a término la obra de perfeccionamiento de la primera creación⁵. Se puede decir que Dios terminó su obra al crear a una segunda criatura que llevara a su perfección la vida en el universo. Por eso, cuando el Génesis dice que Dios terminó de crear (2,2) no

³ El hombre no es, por creación, a imagen del Padre, del cual recibe nombre toda paternidad en los cielos y en la tierra (Ef 3, 15), sino de toda la Trinidad en cuanto que creadora.

⁴⁴ Según eso, los ángeles serían a imagen de Dios, pero no a semejanza de Dios.

⁵ Esta idea me fue sugerida hace algún tiempo por mi hijo, Ignacio Falgueras Sorauren.

quiere decir que la obra de ornamentación del mundo esté acabada⁶, sino que creó un ser capaz de coronarla, y por eso descansó, porque, como sugiere Nuestro Señor en algunas parábolas⁷, dejó un encargado al cuidado de su obra.

Como todos sabemos, el hombre no cumplió su cometido, no cumplió el encargo divino, sino que, en vez de cuidar de la vida, quiso comer, es decir, hacer experiencia, del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal (3,6). Justo como hoy acontece de nuevo: el hombre quiere hacer experiencia del bien y del mal, quiere ser (falsamente) *como Dios* respecto de la vida y del mundo. En vez de dominar como un encargado o siervo de Dios, quiere dar y quitar la vida, hacer experiencia de su poder, como si no le hubiera sido dado por Dios. El pecado de Adán es la razón de que Dios, que había terminado su obra el séptimo día, tuviera que introducir una nueva creación, un octavo día⁸, que ni los hombres, ni el mismísimo diablo ni criatura alguna podían presumir. Y así en el propio relato del Génesis, tras castigar a Satán, promete suscitar una mujer con un hijo que le quebrantará la cabeza con su pie (3,15). Por esta vía nos indica misteriosamente que habrá una nueva generación (un hijo), por cuyo poder una mujer (María), que representa a la Iglesia⁹, será devuelta a la justicia original. En la victoria sobre Satán, que había conseguido enseñorearse de nosotros por el pecado y el aguijón de la muerte para que, así, el hombre no pudiera cumplir el encargo divino de perfeccionar el mundo, se contiene implícitamente no sólo la liberación del hombre respecto del dominio del demonio y de la muerte, sino también el llevar a su perfección a la primera creación. Difusamente –como corresponde al anuncio de un misterio– se anuncia aquí la tercera creación.

II. LA TERCERA CREACIÓN

Tras las aclaraciones precedentes, voy a iniciar, ahora, el desarrollo del tema que he propuesto como título del trabajo. Ante todo, es preciso establecer, a partir de los datos revelados, que existe una tercera creación, o sea, una creación nueva que se añade a la primera y a la segunda. Son numerosos los textos del Segundo Testamento en los que se nos dice, de modo directo o indirecto, que Cristo es una nueva creación, por cierto la más alta, de tal modo que es la primera en el plan de Dios, y por la que Aquél es llamado “el primogénito de toda la creación”¹⁰. Naturalmente, lo que en Cristo puede ser criatura es sólo su naturaleza humana, respecto de la cual se nos dice, en la *Epístola a los Hebreos*, que cuando vino como mediador de los bienes futuros nos consiguió una redención eterna por medio del Tabernáculo (su naturaleza humana), un tabernáculo no hecho por manos humanas, o sea, *que no es de*

⁶ Si hubiera quedado acabada, Cristo no tendría que reconciliarla con el hombre y con Dios.

⁷ Mt 21, 33 ss.; Mt 25, 14; Lc 19, 11-27.

⁸ Así llama la santa Madre Iglesia al día del Señor o de la resurrección (*Catechismus Catholicae Ecclesiae*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 1997, n. 349), que no es un día de mero reposo, sino de una acción que no rompe el descanso, sino que lo glorifica, cfr. S. Agustín, *Epístola* 55, c. 13, n. 23, PL 33, 215. Puesto que los siete días se corresponden con los días de la creación, el día octavo se corresponde con la nueva criatura en Cristo.

⁹ Esto no excluye que represente primero a la Sinagoga o pueblo hebreo, que era la figura de la futura Iglesia.

¹⁰ Col 1, 15 ss.

esta creación¹¹. Gracias a su mediación, nosotros podemos y debemos revestirnos de Cristo que es, a la vez, la nueva criatura¹², el que la crea *para nosotros*¹³ y el que nos la puede comunicar, de manera que todo el que está en Cristo es una nueva criatura¹⁴, y ya no importa la distinción entre judío y gentil, sino la nueva criatura¹⁵. Los que creemos y hemos sido bautizados en Cristo somos hechura de Dios, *creados* en Cristo para las buenas obras¹⁶, por lo que podemos decir sin ambages, con Santiago, que Dios Padre nos ha engendrado voluntariamente por la palabra de la verdad, para que seamos primicias de su (tercera) creación¹⁷.

No parece, en consecuencia, que se pueda dudar de la existencia de una *nueva creación* en Cristo. Y además no podía ser otra cosa que una creación *nueva*, pues la que llamo «tercera creación» es el resultado directo de la encarnación del Verbo, segunda Persona de la Trinidad Santa. Por eso, una vez establecidos los datos que nos cercioran de la existencia de una nueva o tercera creación, paso a centrar la atención en la encarnación del Verbo.

II.1. La encarnación del verbo

Para entender la absoluta novedad de la tercera criatura es preciso detenerse, si quiera sea un poco, en las palabras de arcángel s. Gabriel en la anunciación, especialmente en la respuesta que da a la pregunta de nuestra Madre sapientísima, María, sobre el cómo de su maternidad: “*El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual lo que nacerá se llamará también Santo, Hijo de Dios*”¹⁸. A diferencia de la creación del hombre, en la que las tres personas divinas aparecían indiscernidamente, bajo la forma de un plural común a varias personas *sin determinar cuáles ni cuántas*, en las palabras del ángel se discierne cuidadosamente la obra de cada persona divina, es decir, se nos revelan las distinciones personales en la Trinidad Santa. El Espíritu Santo toma parte en la obra de la nueva creación viniendo sobre María¹⁹ para preparar y dirigir en su cuerpo la formación de un

¹¹ Heb 9, 11-12: “Pero Cristo cuando vino como pontífice de los bienes futuros, por medio de un Tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho por la mano, esto es, no de esta creación, y no por la sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez en el santuario, consiguiendo una redención eterna”. Aunque el autor sagrado parece referirse a la presencia misma de Dios (el cielo), no por eso queda descartado que, siendo el cuerpo de Cristo el verdadero Templo de Dios (Jn 2, 19), y estando en él presente la Trinidad entera, no pueda serle aplicado también este texto.

¹² Ef 4, 24: “...y a revestiros del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”.

¹³ Col 3, 10-11: “...y os habéis revestido del (hombre) nuevo, que se renueva para el conocimiento según la imagen de aquel que lo creó...Cristo”.

¹⁴ 2 Co 5, 17: “Si alguien está en Cristo, es una nueva creación. Lo viejo pasó, he aquí que ha sido hecho nuevo. Pero todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación, porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando consigo el mundo, no reputándoles sus delitos, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación”.

¹⁵ Gal 6, 14-15: “Lejos de mí el gloriarme, a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Pues ni la circuncisión ni el prepucio son nada, sino la nueva creación”.

¹⁶ Ef 2, 10: “Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para las obras buenas, que Dios preparó para que andemos en ellas”.

¹⁷ Sant 1,18: “Voluntariamente nos engendró con la palabra de la verdad, para que seamos ciertas primicias de sus criaturas”.

¹⁸ Lc 1, 35.

¹⁹ De modo semejante a como se movía por encima de las aguas al principio de la creación (Gen 1, 2), para preparar todo el despliegue posterior.

nuevo cuerpo, de modo totalmente extraordinario, sin semen alguno de varón, ni preexistente ni siquiera formado por Él, pues de lo contrario el Espíritu Santo sería el padre de la humanidad de Cristo²⁰, pero Cristo no tiene ni puede tener otro Padre que el eterno. El Poder del Altísimo no es otro que la Palabra de Dios, el Verbo divino, por la cual creó y adornó los cielos y la tierra, así como a los Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, o sea, a todas las criaturas angélicas²¹; y su actuación consiste en unir consigo la naturaleza humana de tal manera que el Verbo cubre con su sombra a María. La metáfora de «cubrir con su sombra» está tomada del modo en que Dios explicó a Moisés que se iba a hacer presente en el monte Sinaí, a saber, cubriéndolo con una densa nube²², modo en el que después manifestó su presencia en la Tienda del Encuentro²³, en que protegió a los israelitas durante las etapas de su travesía del desierto hasta la tierra prometida, y en que, finalmente, se hizo presente en el templo de Salomón²⁴. Lo que se nos dice, por consiguiente, es que el Poder o Verbo divino se hará presente en María, es decir, se encarnará en ella, de tal manera que lo que nazca de ella será también Santo, Hijo de Dios. El Padre aparece, pues, aludido como Padre de Cristo, como el Altísimo, cuyo Hijo será Cristo. Pero también aparece indirectamente como el que envía al arcángel, y como Aquel ante el que María halló gracia, o sea, el que trazó el plan de la redención y la eligió como Madre de su Hijo, pues el Padre es el que toma la iniciativa de la encarnación, el que envía a su Hijo al mundo²⁵. Pero el discernimiento de la actividad de las personas divinas en la encarnación deriva, *radicalmente*, de que sólo el Verbo o segunda Persona de la Santísima Trinidad es el que asumió la naturaleza humana, no el Padre ni el Espíritu Santo ni la Trinidad entera²⁶.

Si nos fijamos bien, con los datos señalados sabemos que el Espíritu Santo formó el cuerpo de Jesús, que el Verbo descendió y se hizo presente en la carne, y que el Padre lo planificó todo, y envió a su Hijo a rescatarnos. Ahora bien, ni la carne de Cristo fue creada de la nada ni el Verbo divino es criatura, ¿cómo es, entonces, que la naturaleza humana de Cristo es la «tercera creación», si ni su cuerpo fue directamente creado ni su Persona es criatura? Lo único que, en la asunción (acto de asumir), fue creado *a partir de la nada* es el espíritu humano de Cristo, el que el Verbo encomienda al Padre cuando muere en su carne²⁷, el que se conmueve ante el dolor por la muerte de Lázaro²⁸, ante la viuda de Naín²⁹, ante la obstinación humana³⁰ o en Getsemaní³¹, y del que nos enseña que “el espíritu es el que vivifica, pero la

²⁰ Concilio Toledano XI, Denzinger-Hüntermann (DH), *El magisterio de la Iglesia*, editorial Herder, Barcelona, 2000², n. 533.

²¹ *Col* 1, 16: “porque en Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ya sean los tronos, las dominaciones, los principados o las potestades. Todo fue creado por Él y en Él...”. *Jn* 1, 3: “Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho de cuanto fue hecho”.

²² *Ex* 19, 9 y 16 ss.; 24, 15-18; 34,5.

²³ *Ex* 40, 34-38.

²⁴ *1 Re* 8,10.

²⁵ *Jn* 3,16.

²⁶ DH nn. 325, 491, 533, 535, 571, 791.

²⁷ *Lc* 23, 46.

²⁸ *Jn* 11, 33.

²⁹ *Lc* 7, 11 ss.

³⁰ *Mc* 8, 12.

³¹ *Mc* 14, 33.

carne no puede nada”³². Sin embargo, cuando me refiero a la tercera creación no estoy intentando aludir sólo al espíritu de Cristo –cuya creación compete a la Trinidad entera–, sino a la asunción por el Verbo tanto del cuerpo como del alma y del espíritu de Cristo³³.

Lo mismo que en la creación del hombre, Dios tomó barro y, tras moldearlo, le insufló el espíritu haciéndolo un ser viviente, así en Cristo hizo fecundo un óvulo de María para formar el cuerpo, creó el espíritu humano de Cristo, y el conjunto de ambos fue asumido por el Verbo divino. La segunda creación incluía en el hombre, como parte suya, a la primera (cuerpo), y también la tercera creación incluye como elementos suyos a la primera y a la segunda (cuerpo y espíritu). Mas la rotunda novedad de esta tercera creación es que, ni antes ni después de formar el cigoto de Cristo y ni antes ni después de que fuera creada su alma, sino *simultáneamente*, en el mismo instante y de forma conjunta se formó el cigoto, se creó su espíritu, y el Verbo hizo suyos a ambos, por lo que Cristo no fue formado ni creado antes que asumido, ni tampoco asumido antes que formado y creado³⁴. En esta enseñanza de la Iglesia se contiene íntegramente el misterio de Cristo. Cristo tiene y es una naturaleza humana, integrada por el cuerpo y el espíritu humanos, pero asumida por la Segunda Persona de la Trinidad Santa. La unión de las naturalezas es hipostática, o sea, la hace la Persona, y eso significa que no es anárquica, sino jerárquica, ni es iniciativa del cuerpo o del espíritu, sino que radica en la Persona del Verbo, que es lo más alto en ella³⁵.

Con esto queda indicada la razón de por qué la llamo *tercera* creación: la asunción o unión hipostática es la razón última y distintiva de esta nueva criatura. Aunque haya sido formada y creada a semejanza de la nuestra, la humanidad de Cristo sólo empezó a existir cuando fue asumida, por lo tanto sólo fue creada cuando fue asumida, si bien el asumir lleve consigo, *simultáneamente*, formar el cuerpo y crear el espíritu humano. La criatura resultante es, pues, hija de Dios de una manera por completo distinta de la nuestra: lo es por amor de benevolencia, por amor de elección y por *amor de predilección*, porque es la criatura amada por Dios hasta el punto de ser unida consigo por la Persona del Verbo en calidad de esposa, entiéndase esto de modo metafórico, dado que su unión con el Verbo es más íntima aún, por ser ontológica, que la de una esposa.

Como resulta de lo anterior, lo absolutamente novedoso y diferente de esta creación es que es formada y creada *al ser asumida* por la Persona del Verbo divino. En virtud de la asunción, aunque Cristo es hombre, su humanidad no

³² Jn 6, 63.

³³ Aunque no sólo hombre, Cristo es, sin duda, hombre, de nuestra misma naturaleza, formado en su carne y creado en su espíritu humano. Lo que distingue a esa naturaleza humana de la nuestra es el haber sido asumida, y por eso es una creación distinta a la primera y segunda.

³⁴ Concilio de Éfeso, DH n. 251; s. León Magno, Epístola “*Licet per nostros*”, DH, nn. 298-299. Cfr. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, III, 6, 3-5.

³⁵ El Verbo, que es de naturaleza divina, une consigo lo que crea junto con las otras dos Personas (el espíritu) y lo que forma el Espíritu Santo (cuerpo). Tenemos así dos naturalezas, la divina del Verbo (que es común al Padre y al Espíritu Santo) y la naturaleza humana, que pertenece sólo al Verbo, aunque es creada en su espíritu por la Trinidad, y es formada en su cuerpo por el Espíritu Santo en la carne de María. Cristo es una Persona con dos naturalezas, una divina, otra humana, la primera simple, la segunda compleja, pues está integrada por una dualidad (cuerpo-espíritu).

es una simple criatura, sino la criatura suprema, aquella mejor que la cual ni siquiera la omnipotencia divina puede crear otra³⁶, pues en ella inhabita corporalmente la plenitud de la divinidad³⁷. Por eso, la carne *asumida* por el Verbo inmortal no puede ser, connaturalmente, más que inmortal, y su espíritu, *asumido* por el Verbo o principio de la Sabiduría de Dios, no puede ser más que la sabiduría creada consumada. Desde el mismo instante de la encarnación, Cristo es la perfección acabada de toda la creación, está por encima de todo³⁸, es el primogénito de toda criatura y todo ha sido hecho por Él y para Él³⁹. La razón última por la que Dios Padre decidió crear todo cuanto ha creado fue Cristo, su naturaleza humana asumida: el mundo, los ángeles, y cada uno de nosotros existimos por el amor del Padre a su Hijo hecho hombre⁴⁰.

En consonancia con ello, la santa Madre Iglesia nos enseña que Cristo fue desde el primer instante *perfectus Deus, perfectus homo*⁴¹. Lo cual significa no sólo que no le falta nada de su divinidad ni de su humanidad, sino, sobre todo, que es por sí mismo el hombre perfecto, el modelo inigualable de toda criatura, y lo es en virtud de su propia índole, o sea, por haber sido asumido, de manera que es perfecto en todo momento de su existencia. Para que nos hagamos una idea de lo que sugiere la fe, Cristo es, desde el primer instante de su venida al mundo en el seno de María y de modo original, aquello que nosotros llegaremos a ser en la vida eterna, si es que nos dejamos redimir por Él: como seremos en el cielo, sólo que originalmente, así es Cristo ya en el seno de María. S. Juan nos lo sugiere cuando nada más decir, al principio de su evangelio, que el Verbo se hizo carne, añadió: “y hemos visto su gloria, gloria como del Hijo único de Dios, lleno de gracia y de verdad” (1, 14). Esa gracia y esa verdad, esa luz que ilumina a todo hombre están en Cristo desde su concepción, no son adquiridas, sino connaturales a su humanidad en virtud de la asunción por el Verbo.

Naturalmente, estamos ante el mayor misterio para la mente humana. No debemos extrañarnos de no poder comprenderlo, pero tenemos que intentar entender cuanto podamos, a la luz de la fe. Quizás ya se le haya ocurrido al lector preguntarse cómo es posible que un cigoto sea perfectamente hombre. Parece que, en la medida en que todavía no se ha desarrollado, no puede ser un hombre perfecto. No pretendo afirmar que el cigoto sea la perfección del ser

³⁶ Con esta afirmación no pretendo poner límites a la omnipotencia divina, sino reconocer que ella ha querido hacer en Cristo lo más alto que se puede hacer con una criatura: unirla personalmente consigo. Dios puede haber creado mundos insospechados por nosotros, criaturas altísimas que no podemos ni adivinar, pero ninguno de esos mundos y criaturas puede ser más alto de lo que es Cristo: el Verbo hecho hombre. Quizás Dios podría haber asumido una criatura en la Persona del Espíritu Santo o del Padre, y quizás esa criatura asumida podría ser mucho más alta que el hombre, pero en ningún caso sería más alta que Cristo, sino, todo lo más, igual, pues las tres Personas divinas son iguales en dignidad ontológica, y la distancia entre una criatura y el creador es de tal magnitud que cualquier otra criatura, por alta que fuere, resulta igualmente alejada de Él que la naturaleza humana. Hablando de modo sugerente, da lo mismo que añadamos ∞ (infinito) a 2 que a 10^{10} : el resultado es ∞ (infinito).

³⁷ Col 2, 9.

³⁸ “Por lo cual, a su vez, Dios lo exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre” (Fil 2, 9).

³⁹ Col 1, 15 ss.

⁴⁰ Ésta es la razón última de toda la creación, lo cual no es óbice para simultáneamente existan otras razones, menos últimas, pero verdaderas razones, para la encarnación (“Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo” Jn 3, 16).

⁴¹ DH nn. 251, 554, 4322.

humano. Aunque en el cigoto de cualquier hombre se contiene toda la información desde la que se irá desplegando su vida orgánica –por lo que se puede decir que el cuerpo desarrollado no contiene más información vital que la que contiene el cigoto–, lo cierto es que su meta y su sentido final es el hombre maduro. Pero lo que intento resaltar es que en el cigoto de Cristo se da algo único, y es que tiene en sí mismo una vida nueva comunicada por la Vida del Verbo, vida que ha de ser inmortal como el Verbo, razón por la que no tiene su espíritu humano adormecido como nosotros en esas fases del desarrollo, sino pleno de inteligencia y sabiduría, y ya en su mínima pequeñez contiene la luz que ilumina a todo hombre, así como la gracia y el poder que traerán consigo el final del mundo. Por muy cigoto que fuera, en la primera célula viviente de Cristo hay más Vida que en toda las creaciones anteriores y posibles, y por eso su perfección, aunque iba a desplegarse más, supera ya inicialmente con creces la de cualquier otra creación.

II.2. *La kénosis de la humanidad de Cristo*

Hoy día, a veces, se ha querido reducir a Cristo a la condición de un hombre cualquiera, pero para eso es preciso perder la fe en su divinidad, pues todo lo que se diga de Cristo, aun en su naturaleza humana, se dice de su Persona. Aunque no se ha de confundir su naturaleza humana con la divina⁴², si alguien dijera que Cristo ignoraba algo o no pudiera hacer algo, estaría diciendo que el Verbo ignoraba o no podía hacer eso. Ésa es la inconcebible diferencia entre la humanidad de Cristo y la nuestra, cosa por lo demás palmaria, pues ¿quién de los humanos ha sido concebido por una Madre virgen, quien ha sido parido por una Madre virgen también en el parto? ¿Quién ha sido formado por el Espíritu Santo, enviado por el Padre y unido hipostáticamente con y por el Verbo? ¿Qué ser humano ha podido decir en el instante de su entrada en el mundo ni una sola palabra? Sin embargo, sabemos que Cristo “*al entrar en el mundo dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo –pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí– para hacer, oh Dios, tu voluntad*”⁴³. Cristo no es un hombre cualquiera, ni tampoco una criatura cualquiera, ni tan siquiera su cuerpo es un cuerpo humano cualquiera, sino más excelso que los espíritus angélicos y que todas nuestras personas, y por esa razón es alimento que puede dar la vida a nuestro cuerpo, a nuestra alma y a todos los espíritus creados.

En consecuencia, a diferencia de todos los hombres y de toda otra criatura, la andadura de Cristo como hombre viador no ha sido sino un *descenso*, o sea, una continuación en la naturaleza humana de lo que hizo el Verbo al asumirla:

⁴² La unión hipostática se hace sin confusión de las naturalezas, pero siendo la persona del Verbo el punto de unión y de comunicación de ambas. Dicha comunicación es total, porque el Verbo no se reserva nada, aunque, como es obvio, la diferencia trascendental entre la naturaleza divina y la humana no desaparece, de lo contrario, Cristo dejaría de ser hombre. En consecuencia, el principio filosófico “*quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*” tampoco desaparece, pero es regulado personalmente por el Verbo, que amplía la capacidad de su naturaleza humana para reflejar la inmensidad divina, pero sin destruirla. Ese *modus* es misterioso. Tomás de Aquino pone el límite del saber de Cristo en el conocimiento de toda la obra creadora divina, pero niega que el saber humano de Cristo se iguale con su saber como Verbo (ST III, 10, arts.1-3).

⁴³ Heb 10, 5-7.

descender⁴⁴. Mientras que nosotros crecemos, es decir, vamos de menos a más como hombres, Cristo va de más a menos, en la medida en que se va haciendo semejante a nosotros. Él es perfectamente hombre y hombre perfecto desde su encarnación. Su crecimiento, ante los ojos de los hombres, es aparentemente igual al de cualquiera, pero ante los ojos de Dios, es decir, en verdad, su crecimiento es un voluntario *descenso* desde la total perfección de la vida de su humanidad hacia nuestra situación de hombres caídos. Condensándolo abreviadamente, propongo que el abajamiento de la naturaleza humana de Cristo se manifestó temporalmente en tres pasos: primero se hizo libremente mortal, luego se hizo libremente morituro, y, por último, en la cruz entregó libremente su vida por nosotros.

Comenzó, primero, por hacerse mortal, que no lo era por connaturalidad, en el mismo instante de su concepción, como lo confiesan las palabras antes mencionadas: “he aquí que vengo, oh Padre, a hacer tu voluntad”, o sea, a ofrecer mi vida corporal en lugar de todos los sacrificios y holocaustos, para realizar el sacrificio perfecto, el único que agrada a Dios. La voluntad de Dios, la misión para la que ha sido enviado Cristo es para morir por nosotros, siendo la muerte el estado más humillante de nuestra condición humana. Pero esa misión la realizó por pasos. No murió en el mismo comienzo, sino que comenzó haciendo más que un milagro, a saber, haciendo que su carne, que por derecho connatural era inmortal, deviniera mortal, y con la mortalidad cediera su privilegio connatural de ser cuerpo glorioso. Esto convenía que fuera así, porque de lo contrario, al ser concebido, el universo entero se habría visto transformado por su luz, la misma que al final de los tiempos consumirá los elementos. Con todo, aun habiéndose hecho mortal por libre voluntad de amor y obediencia, eso no significaba que hubiera de morir necesariamente. Una cosa es ser mortal y otra morir, entre ambas media la diferencia entre lo posible y lo real. Por ejemplo, Adán, que había sido creado mortal, no murió por ser mortal, sino como castigo a su desobediencia. Si no hubiera desobedecido, no habría muerto, aun siendo mortal. Lo mismo sucederá al final de los tiempos: los últimos (siendo mortales hijos de Adán) no morirán, cuando venga Cristo por segunda vez, sino que serán arrebatados⁴⁵. Por eso s. Agustín supo distinguir entre ser mortal y ser morituro, entre poder morir y tener que morir⁴⁶. Mortales y murituros somos todos los hijos de Adán, menos aquellos a los que, al final, la gracia de Cristo los arrebató al cielo, entre los cuales se encuentra ya como primera avanzadilla, María Santísima, que es la última de los primeros (de la Primera Alianza) y la primera de los últimos (de los que sean viadores cuando llegue el final de los tiempos). Pues bien, como Cristo, aunque se hubiera hecho mortal, no tenía que morir –porque no tenía el pecado original–, hubo de *hacerse*, además, y en segundo lugar, *morituro*, cediendo en su don de impassibilidad⁴⁷. Sugiero como el momento de ese paso de la simple

⁴⁴ Jn 3, 13: “Nadie asciende al cielo sino quien desciende del cielo”; 6, 33 y 41-42 y 50-51 y 58, pero sobre todo, 6, 38. Cfr. Ef 4, 9-10.

⁴⁵ 1 Te 4, 15-17; 1 Co 15, 51-55.

⁴⁶ *De peccatorum meritis et remissione*, I, c.5, n.5, PL 44, 111-112.

⁴⁷ No propongo ni remotamente que Cristo no hubiera sentido antes el cansancio, la sed, el hambre o algún dolor en su cuerpo y en su alma –que sí los sintió–, sino que *cuando los sintió fue*, en cada momento, *por libre voluntad y decisión suya, y sin perder más que transitoriamente el don de la impassibilidad*. Pero a partir de Getsemaní Cristo se despojó, libre y permanentemente, de ese don para poder sufrir como nosotros, en realidad infinitamente más que nosotros, hasta su muerte. Esta distinción

mortalidad a la morituridad el episodio de Getsemaní, en el cual Cristo aceptó con su voluntad humana el hacerse morituro, o sea, el cargar sobre sí una muerte próxima, la cual era castigo de nuestros pecados. Y, finalmente, murió de modo libre, no cuando sus fuerzas físicas no pudieron más, sino cuando Él lo permitió⁴⁸, mucho más allá de lo que cualquier ser humano hubiera podido sufrir, después de haber dicho con fuerza desde la cruz las siete palabras, contra todo pronóstico, y dando una gran voz, de modo imposible –como bien dicen los médicos– para quien está desangrado y apenas puede respirar balanceándose, como sugieren algunos, sobre sus brazos y cintura. Pero no es un hombre cualquiera el que ha padecido y muerto, es, como confiesan los soldados romanos allí presentes⁴⁹, el Hijo de Dios.

El trayecto de la vida de Cristo está marcado desde el principio. Cristo, a la vez que va creciendo como hombre, va a ir despojándose de sus privilegios de hombre perfecto, libremente y poco a poco. Pero conviene tener claro que ese despojo voluntario no supuso nunca una disminución de su perfección connatural, sino un aumento de la manifestación de la misma, puesto que al despojarse por libre obediencia no se reservaba nada, y era así la más acendrada expresión del dar divino, que se hace *sin reservas*, con lo que iba haciendo humanamente suya la unión que tenía hipostáticamente con el Verbo. También conviene saber que Cristo no se despojó nunca de ninguna perfección de su naturaleza humana cuya pérdida fuera incongruente con su Persona divina. No sólo no tuvo pecado personal, tampoco el original, ni tuvo pasiones, como nosotros, ni tentaciones del apetito concupiscible o del irascible⁵⁰. Tampoco perdió, hasta su pasión y muerte, aquellas super-perfecciones que eran necesarias para cumplir su misión: nunca tuvo enfermedad alguna⁵¹, pues había venido a curarlas todas; menos aún admitió ni el menor defecto moral, puesto que se humilló hasta morir por salvarnos del pecado y de los defectos morales; jamás tuvo ignorancia alguna⁵², ni aprendió como nosotros, es decir, partiendo de una carencia de saber acerca de Dios, del mundo o de sí mismo, sino viniendo a saber lo que ya sabía por los dones de sabiduría y de ciencia,

la hago por congruencia con la ausencia de enfermedad y con los textos de los evangelios que así lo sugieren (Lc 4, 2; Mc 3, 20-21).

⁴⁸ Es evidente que Cristo murió como resultado de los padecimientos a que fue sometido, pero tanto el que esos padecimientos le afectaran, como que le produjeran la muerte sucedió por libre permisión suya. “Por esto me ama mi Padre, porque entrego mi vida para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que yo por mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para tomarla de nuevo. Este mandato he recibido del Padre” (Jn 10, 17-18).

⁴⁹ Mt 27, 54.

⁵⁰ S. León Magno, Epistola “*Licet per nostros*”, DH n. 299.

⁵¹ S. Atanasio, *Oratio de incarnatione Verbi*, n. 22 (PG 25, 136), citado por Tomás de Aquino (*Cathena aurea in Lucam*, c. 23, lect. 5, Sancti Thomae Opera Omnia, R. Busa, Frommann-Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1980, vol. 5, p. 362 [50] ss.). Pero la señal definitiva de que Cristo no tuvo enfermedades naturales ni podía morir por causa de enfermedad natural es que el cuerpo de Cristo no sufrió la corrupción (*Hch* 2, 27 y 31). Cfr. *ST* III, 51, 3 c.

⁵² Se suele argüir, en contra, que Cristo confiesa no saber el día ni la hora del final de los tiempos (*Mt* 24, 36), pero como nos enseñó el Papa Gregorio I, en la Epistola “*Sicut aqua*” (DH n. 476) eso no puede ser admitido respecto del Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas (*Jn* 1, 3), y, por tanto, también ese día y esa hora. En consecuencia, es bastante obvio que esa respuesta de nuestro Señor ha de entenderse según su naturaleza humana, pues habla como Hijo del hombre (Cfr. *Mt* 24, 30). La naturaleza humana de Cristo no sabe por sí misma, como ninguna criatura lo puede saber, cuál será el día y la hora de su venida, pero lo sabía según su naturaleza divina. No se trata, por consiguiente, de ninguna mentira piadosa, sino de guardar la manifestación de los planes de Dios para su momento oportuno, como nos dicen los *Hechos de los Apóstoles*, 1,7-8: “Pero Él les dijo: “No os compete a vosotros conocer los tiempos o momentos oportunos que el Padre reservó en su propio poder”.

tanto beata como infusa⁵³, pero *de un nuevo modo*, o sea, por experiencia⁵⁴. Lo que sabemos con certeza que aprendió fue algo práctico, concretamente: a obedecer sufriendo⁵⁵, pero nadie había de –ni podía– enseñarle algo que no supiera ya y de modo infinitamente más alto⁵⁶. En cuanto que Verbo, es obvio que Cristo no tenía que obedecer, pues Él sólo dice y hace lo que oye al Padre y Éste le da⁵⁷. Sin embargo, obedecer significa *someterse* libremente, de manera que el Verbo aprendió a someterse *en su naturaleza humana* a los padecimientos, de acuerdo con los planes que el Padre y Él mismo, junto con el Espíritu Santo, habían trazado. Pero si el Verbo es uno con el Padre, y su naturaleza humana no tenía que someterse a nadie, dado que estaba sometida ontológicamente, o sea, sin aprendizaje, al Verbo, ¿por qué hubo de aprender? Única y exclusivamente por amor a nosotros, para, con su humillación, enseñarnos a obedecer y a padecer por amor a Dios.

En resumen, el descenso de la humanidad de Cristo tuvo un límite intrínseco, que fue la santidad y dignidad divinas de su Persona y de su misión, y otro extrínseco, que fue la temporalización o gradación en el tiempo, exigidas por su voluntad de hacerse como nosotros: se fue despojando de algunas de sus perfecciones, según las etapas y las exigencias de su misión. Al descender, por tanto, Cristo se hizo semejante a nosotros, pero manteniendo siempre la diferencia entre la Persona que desciende para salvar y aquellas hacia las que desciende, entre la razón de su descenso o misión y las razones por las que nosotros habíamos de ser rescatados de nuestra condición de hombres caídos.

Existen textos, en el Segundo Testamento, que parecen oponerse a esto que digo, según los cuales se podría decir que Cristo se hizo *en todo* semejante a nosotros, excepto en el pecado. Sin embargo, los textos que suelen citarse, tomados de la *Carta a los Hebreos*⁵⁸, dicen solamente que Cristo *debió* (*ófeilen*) asemejarse a sus hermanos, y que fue sometido *a tentación* por sus sufrimientos, en los cuales se hizo por entero semejante a nosotros. No dicen que tuviera nuestras mismas tentaciones, tal como por ejemplo las describe Santiago⁵⁹, sino sólo nuestros padecimientos (y muerte) *a semejanza* de los que sufrimos los humanos⁶⁰.

Según esto, subrayo en los textos mencionados, primero, el «*debió*», pues eso implica que no tenía naturalmente que padecer nada, pero quiso padecer por obediencia; después, destaco el «*hacerse semejante*»⁶¹, pues si *se hizo*

⁵³ Pío XII, Enc. *Mystici Corporis*, DH n. 3812. Tomás de Aquino, *ST III*, 9, 2 y 3.

⁵⁴ I. Falgueras, *Aclaraciones teológicas sobre la oración de Cristo*, en "Burgense" 41 (2000) 345-389.

⁵⁵ *Heb 5*, 8.

⁵⁶ *Jn 2*, 24-25. Cfr. *Mt 23*, 8-10: "Vosotros, en cambio, no queráis ser llamados maestros, pues uno solo es vuestro maestro, mas todos vosotros sois hermanos. Y no os llaméis entre vosotros padre sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, el del cielo. Ni os hagáis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, Cristo".

⁵⁷ *Jn 5*, 19ss. y 30.

⁵⁸ 2, 17-18; 4, 15.

⁵⁹ 1, 14-15: "cada cual es tentado al ser arrastrado y seducido por su propia concupiscencia. Después, la concupiscencia, una vez que ha concebido, da a luz al pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte".

⁶⁰ Santo Tomás de Aquino (*ST III*, 46, 5 y 6). Cfr. I. Falgueras, *El abandono final, una meditación sobre la muerte cristiana* (AF), Servicio de Publicaciones, Universidad de Málaga, Málaga, 1999, 65.

⁶¹ Aunque el texto de *Heb* dice sólo «asemejarse», en *Fil 2,6-8* se dice expresamente que «se hizo (genómenos) semejante a los hombres».

semejante, es porque no era igual a nosotros, meros hombres y, además, esclavos del demonio; y, por último, señalo que en lo que se hizo en todo igual fue en las «*tentaciones por sufrimiento*», o sea, en su pasión y muerte.

Por consiguiente, mi propuesta, que someto enteramente al magisterio de la Iglesia, es la de que Cristo se fue haciendo semejante a nosotros a lo largo de su vida, yendo de su perfección creatural única, acabada ya en el momento de la encarnación, hasta el perfeccionamiento de nuestras imperfecciones en la cruz. Sólo en ese momento se hizo por completo igual a nosotros en nuestros padecimientos y flaquezas, exceptuada siempre toda indignidad o inconveniencia que afecte a la divinidad de su Persona y misión.

Pero al despojarse de todo, al morir como nosotros, por amor a su Padre y a nosotros, Cristo creó el amor redentor: transformó la pérdida más ignominiosa en el acto de amor más poderoso, pues nadie ama más que aquel que da la vida *libremente* por sus amigos⁶², y eso sólo lo ha hecho Cristo⁶³. Precisamente porque descendió hasta la muerte y hasta los infiernos para rescatarnos, como la muerte no podía nada contra el poder del amor del Verbo encarnado, en el momento mismo de entregar su espíritu o morir, Cristo transformó la muerte en vida, en la vida más alta, una vida divina, recuperando para su humanidad la gloria que le corresponde al Verbo desde toda la eternidad⁶⁴, y poniéndola al alcance de quienes mueran con Él. La resurrección es sólo la parte corporal de esa gloria, que se retrasó en el tiempo tres días para los testigos presenciales, y que recomendaba urgentemente su ascensión a los cielos, para dar paso a la fe de la Iglesia por el don del Espíritu Santo. Lo que resucita a Cristo es la Vida que existe en Él desde el principio⁶⁵, que ha recibido del Padre⁶⁶, y que Él pone a nuestro alcance en el momento de su unión con nosotros, en el momento de su muerte.

¿Qué es, entonces, lo que añaden la muerte y resurrección de Cristo al momento inicial de su concepción? Para su naturaleza humana, aportan la consumación de su obediencia y, consiguientemente, la revelación completa del abajamiento del Verbo y de su Vida, pues –propiamente hablando– todo el transcurso de la vida temporal de Cristo sólo le añade el ser *manifestación* de la perfección intrínseca a la unión hipostática⁶⁷. En cambio, para nosotros, lo aportan todo, puesto que es precisamente en el momento en que Cristo se hace totalmente igual a nosotros (la muerte) cuando nosotros somos asociados a la perfección de su encarnación⁶⁸. Cristo se convierte en principio de la nueva generación de la humanidad a través de la muerte, no a través de la generación carnal. Nosotros nacemos como hijos de Dios, no por la carne y la

⁶² *Jn* 15, 13.

⁶³ *Cfr.* I. Falgueras, *Se hizo en todo como nosotros*, en “Miscelánea Poliana” 22 (2008) 25.

⁶⁴ *Jn* 17, 5.

⁶⁵ *Jn* 1, 4: “en Él estaba la vida”.

⁶⁶ *Jn* 6, 57.

⁶⁷ Cristo había hecho suya la voluntad y la misión del Padre en el momento de la encarnación, como quedó dicho al principio de este escrito, por lo que no existe más perfección en el instante de su muerte que en el de su encarnación, salvo que aquella llevaba a cumplimiento, o sea, era consecuencia y manifestación de ésta.

⁶⁸ *Cfr.* I. Falgueras, *AF*, 68 ss.

voluntad de varón, sino por la voluntad de Dios⁶⁹, cuando participamos de la muerte de Cristo, renaciendo del agua del bautismo y del Espíritu Santo⁷⁰.

III. CONCLUSIÓN

Si, como propongo, la naturaleza humana de Cristo se ha ido haciendo como nosotros para posibilitarnos el ser semejantes a Él, si ha ido descendiendo, desprendiéndose de los privilegios connaturales que le correspondían, hasta igualarse con nosotros en la muerte, entonces Su naturaleza humana no ha hecho otra cosa que expresar o manifestar el descenso mucho mayor que hizo el Verbo al acercarse a ella y asumirla. La Persona de Cristo, el Verbo divino, expresa en su naturaleza humana exactamente lo mismo que en el acto de la encarnación, sólo que al modo humano, o sea, en la distensión del tiempo y con sus obras y palabras humanas. Se entiende, entonces, que la naturaleza humana de Cristo pueda ser llamada «verbo del Verbo», es decir, el verbo creado del Verbo eterno, o la palabra de la Palabra, como nos sugiere nuestro sapientísimo Papa, Benedicto XVI, en su último libro, la segunda parte de Jesús de Nazaret⁷¹.

Aunque nosotros no nos damos normalmente cuenta, la operación de hablar es una operación compleja. Y no nos damos cuenta porque cuando hablamos nuestra atención se dirige a las cosas o acciones que queremos mencionar en vez de dirigirla al papel que juegan las palabras. Por ejemplo, si decimos «esa silla está vacía», todos pensamos en la silla real y en la posibilidad de ocuparla, pasando por alto el considerar lo que son las palabras y la operación de hablar. Lo específico de las palabras con que todos hablamos es que ellas no están por sí mismas, es decir, no las tomamos por lo que ellas son (sonidos o grafismos), sino por lo que significan, de tal modo que no solemos darnos cuenta de lo que son, porque atendemos sólo a su sentido. Pero, gracias a que no las tomamos meramente por lo que son, podemos servirnos de ellas, que son manifiestas en cuanto que sonidos, para mostrar lo que está oculto a los demás, a saber, nuestro pensamiento. De modo semejante, la naturaleza humana de Cristo es la luz creada, por asumida, en que se manifiesta el Verbo oculto divino, la revelación de la intimidad de Dios. La naturaleza humana de Cristo no está en la unión hipostática por (o en representación de) sí misma, sino por el Verbo que la asume y la convierte en Su palabra, mediante la cual nos revela la vida interna de la divinidad. Pero para que la palabra se comporte como tal, es decir, para que no se tome por sí misma, ha de ser pronunciada por un *acto del habla de una persona*, por un acto que sea capaz de *hacerse otro* sin dejar de ser el que es, de modo que la palabra esté por otro (significado) sin dejar de ser lo que es (sonido). Cuando uno entiende lo que es el hierro, no por eso se convierte en hierro –pues dejaría de pensar–, sino que acoge cabe sí algo completamente distinto del pensar y lo convierte en pensado, asignándole una palabra, sin que dejemos de ser pensantes y sin que el hierro cambie para nada. Esta inadvertida capacidad de hacerse otro sin

⁶⁹ Jn 1, 13.

⁷⁰ Jn 3, 5.

⁷¹ Jesús de Nazaret. *Desde la entrada en Jerusalén hasta la resurrección*, editorial Encuentro, Madrid, 2011, p.99: “Ante todo, no es sólo un hablar humano, sino palabra de Aquel que es «la Palabra» y que, por tanto, arrastra todas las palabras humanas dentro del diálogo interior de Dios, en su razón y en su amor”.

dejar de ser, sino haciéndose noticia de lo otro es la palabra mental o el hábito del lenguaje como acto original⁷². Merced a ella, podemos entender que el Verbo divino se haya hecho hombre sin dejar de ser Dios, y que la naturaleza humana de Cristo, por ser también «palabra», en cuanto que asumida, se haya podido hacer mortal en su cuerpo sin dejar de ser inmortal en su Persona y en su espíritu humano, es decir: se haya hecho libremente otra que ella misma, en concreto, mortal y moritura, hasta el punto de morir también de modo libre. Precisamente porque al morir ha actuado divinamente, ha vuelto a la inmortalidad que le es propia, y ya la muerte no tiene poder sobre ella⁷³. Había muerto en su cuerpo, pero la inmortalidad del Verbo, potenciando la de su espíritu humano, la ha resucitado, según el plan del Padre, que es Dios de vivos, no de muertos, y con el poder del Espíritu Santo. En suma, por ser verbo del Verbo la naturaleza humana de Cristo ha podido hacerse, como el Verbo, otra que ella misma⁷⁴, para significar ostensiblemente en su humillación y glorificación la omnipotencia del Amor divino.

Decía, al principio de este escrito, que al hombre le fue encomendado por Dios el llevar a término la obra de ornamentación del universo. Esa encomienda divina implicaba una íntima conexión del hombre con el mundo, por lo que la segunda creación asociaba con su propio perfeccionamiento a la primera; pero como el hombre no cumplió con esa tarea, la criatura mundo gime esperando aún su perfeccionamiento⁷⁵. Mas en el pecado del hombre estuvo claramente implicada otra criatura segunda, a saber, Satán y su cohorte de ángeles caídos, los cuales en virtud de ese pecado se apoderaron de la humanidad, convirtiéndonos en esclavos del mal con el poder que les daban las consecuencias del pecado: ausencia de gracia santificante, muerte, ignorancia de Dios, concupiscencia, y conversión a las criaturas. Se puede decir, pues, que las dos primeras creaciones quedaron enfrentadas entre sí, y, en distintas formas y grados, también enfrentadas con Dios. Pero del mismo modo que la segunda creación asociaba consigo, en el hombre, a la primera, la tercera creación reúne a las dos primeras —a una en su carne, y a otra en su espíritu humano—, y las arrastra consigo, sobre-elevándolas a una altura jamás sospechada ni sospechable por ninguna criatura, pues al hacerse hombre el Verbo incluye a toda la creación en el pliegue íntimo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. De este modo, la humanidad de Cristo no sólo posibilita la reconciliación entre el mundo y el hombre, entre el hombre y los ángeles, y entre todos con Dios, sino que recapitula por sobre-elevación todas las cosas

⁷² Cfr. I. Falgueras, *Esbozo de una filosofía trascendental (I)*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1996, 48-63; *Hombre y destino*, Eunsa, Pamplona, 1998, 39-46.

⁷³ *Rom* 6, 9; *Hch* 2, 24: "a quien Dios resucitó, eliminados los dolores de la muerte, por cuanto que era imposible que Él fuera retenido por ella".

⁷⁴ También por eso puede entenderse que Cristo se haga Eucaristía: sólo el Verbo divino puede hacer que su cuerpo se convierta en otro, haga las funciones de la substancia del pan y del vino, pero sin dejar de ser Su cuerpo y sangre, y quedando oculto bajo las especies sacramentales. La Eucaristía es una reiteración de la encarnación, para seguir estando con nosotros *cuando su cuerpo no oculta ya su condición gloriosa*.

⁷⁵ *Rom* 8, 19-23: "Pues la expectación de la creación espera la revelación de los hijos de Dios. Pues la creación fue sometida a la vanidad, no por propia voluntad, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de que también la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que toda la creación gime y está con dolores de parto hasta el presente. Y no sólo ella, también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, también nosotros mismos dentro de nosotros, esperamos la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo".

creadas en sí misma. La nueva creación es el acabamiento de la perfección del mundo y más, es la redención del hombre y más, es la pacificación de los espíritus angélicos⁷⁶ y más. Ese «más» que sobrepasa la perfección de cada una de las meras criaturas es precisamente lo nuevo de la humanidad de Cristo, que al ser incluida por la asunción directamente en la vida intratrinitaria, lleva a su colmo por exceso todas las aspiraciones posibles de las criaturas, y nos incluye a todas en ella. Pero precisamente por exceder de modo infinito todas las posibilidades creadas, de la vida de la humanidad de Cristo sólo se puede participar libremente, por la aceptación gratuita de su misterio, de manera que los nuevos cielos y la nueva tierra ya no contendrán, como los primeros creados por Dios, la luz y las tinieblas, sino que sólo contendrán luz, y dejarán fuera de sí, en las tinieblas exteriores de su primera condición, a los que no acepten a Cristo, Dios hecho hombre, como su luz, su salvación y su vida.

⁷⁶ Naturalmente, no pretendo, ni por asomo, insinuar algo así como una redención de los ángeles caídos (*apocatástasis*, Orígenes), sino el final de la lucha entre los ángeles buenos y malos, con la victoria de Cristo, tal como nos dice el Espíritu Santo en el Apocalipsis (12, 7 ss.) y en *Ef* 6,12 ss.